

Antipolítica para mayorías

Rafael Quiñones Acosta*

Rusia, noviembre de 1917.

Rusia, que en febrero de 1917 había derrocado la antiquísima monarquía zarista y en julio del mismo año había destruido el gobierno provisional de Aleksander Kerensky ubicado en Petrogrado, se preparaba para celebrar una Asamblea Constituyente que sentara las bases legales de la recién inaugurada República rusa. El partido Bolchevique, cuerpo político que había servido de motor tanto para la caída del zarismo como para el derrocamiento del gobiernoburgués que había sustituido a la monarquía, había demostrado una poderosa popularidad en los centros urbanos e industriales de una Rusia en vías de industrialización, proclamaba desde hace un tiempo un programa político radical que buscaba la imposición de la Dictadura del Proletariado y la vigencia del Socialismo Revolucionario en el poder. En cambio, los partidos que representaban a las facciones mencheviques y social-revolucionarios, si bien proclives a la democratización y repartición de la tierra en Rusia, pregonaban la defensa de un sistema parlamentario semejante al de la democracia burguesa, ya que argumentaban que Rusia aún no reunía las condiciones objetivas para la Revolución Socialista. Esta coalición agrupaba fuerte simpatía de los sectores campesinos rusos, grupos mayoritarios de una nación que aún era sustancialmente rural.

Las elecciones para la Constituyente rusa, que según algunos informes contaron hasta con 36 millones de electores, dieron tan sólo el 25% de los votos a los bolcheviques, un 13% para los partidos y facciones que defendían los intereses de los terratenientes y burgueses rusos, y un 62% que se concentró entre los social-revolucionarios y los menchevi-



Con estas declaraciones del Presidente de la República y otros personeros del gobierno, se da a entender que la lógica de la Revolución Socialista es superior incluso a los oprimidos que, supuestamente son su objetivo a redimir.

ques, defensores de un sistema democrático *pequeño-burgués* de corte reformista. En contraste los bolcheviques, que desde el proceso que llevó a la destrucción del zarismo se habían proclamado los auténticos representantes de la voluntad del proletariado ruso, a través del manejo del poder comunal de los soviets y de su influencia en el ejército, sufrían el desdén electoral de aquella población que decían representar en forma perfecta. La Dictadura del Proletariado parecía haber sido rechazada por el voto universal, lo cual convertía al movimiento bolchevique en una minoría política dentro de un sistema político con rasgos semejantes al de las desdeñadas democracias burguesas.

Sin embargo, los bolcheviques no abandonan sus anhelos de ascender al poder y en enero de 1918 disuelven la Asamblea Constituyente e instalaron un gobierno enteramente revolucionario que redactaría las bases legales de Rusia de acuerdo a los valores propuestos por el Partido Bolchevique. Por décadas, los apologistas de esta etapa de la Revolución Rusa justificaron esta medida a través de una larga cadena de argumentos: los social-revolucionarios y mencheviques eran títeres de la burguesía y del imperialismo, la auténtica voluntad popular de los rusos estaba en los soviets instalados de facto por los bolcheviques y no en el sufragio universal, además si en verdad la voluntad popular estaba en ese 62% de los votos ¿Por qué las masas no salieron a defender la Asamblea Constituyente? *Salvo el poder, todo lo demás es ilusión.*

VENEZUELA, DICIEMBRE DEL 2007

Luego de meses de polarizante debate político, la propuesta de Reforma Constitucional elaborada por el Presidente de la República a lo largo de todo ese año y ratificada por un Parlamento mayoritariamente afín al mandatario, se somete a un referéndum consultivo. Luego de una larga y tensa jornada electoral, en la madrugada del 3 de diciembre el Consejo Nacional Electoral proclama el rechazo a la iniciativa de la Reforma presidencial (que entre otras cosas proclamaba la elección indefinida, la atomización de los gobiernos regionales y la instauración de un sistema económico socialista en Venezuela) por parte del 50,7% de los sufragantes, frente a un 49,29% de quienes apoyaban el Proyecto. Si bien por estrecho margen, el nuevo marco constitucional que aseguraba que Venezuela se convertiría en una nación socialista había sido rechazado por la mayoría de los electores del país, aún en presencia de una abstención superior al 40% del patrón de votantes.

Sin embargo, sin que hubiese pasado una semana de la realización del referéndum, el Presidente de la República insiste en volver a proponer en los mismos términos o al menos en condiciones semejantes, la misma iniciativa de Reforma para que sea votada por el pueblo venezolano en el futuro, ya que atribuye a la manipulación de los medios privados en torno al proceso de debate y a la inmadurez del pueblo venezolano la razón de que la Reforma Constitucional no haya sido aprobada. Desde este ángulo, la iniciativa de convertir a Venezuela en una nación socialista no es un futuro negociable incluso a través del voto, incluso si la misma Constitución prohíbe presentar la misma iniciativa de Reforma en el mismo período constitucional. Con estas declaraciones del Presidente de la República y otros personeros del gobierno, se da a entender que la lógica de la Revolución Socialista es superior incluso a los oprimidos que, supuestamente son su objetivo a redimir.

LAS COARTADAS DE LA ANTIPOLÍTICA

Las analogías de la situación venezolana actual con la Rusia de principios del siglo XX no son gratuitas ni tendenciosas. Ambos procesos, que pueden compararse con muchos de los procesos revolucionarios en Occidente tienen un rasgo común: son poderosamente anti-



Si añadimos que la lógica revolucionaria está amparada en la negación de la política, el disenso y la negociación, es obvio que lo que quiere la mayoría social y lo que indican los imperativos de la revolución tarde o temprano divergirán.

políticos, ya que responden a racionalizaciones y principios que trascienden a los individuos y las colectividades parciales que forman parte de una sociedad. La sociedad en la lógica revolucionaria es tomada como una totalidad, sin disensos por parte del sector de sí misma que debe ser rescatado y reivindicado en el nuevo orden social, no existiendo por lo tanto la negociación y el consenso para alcanzar fines comunes porque sólo existe un *punto de vista correcto*, un imperativo moral que no es discutible ni negociable. Se necesita cambiar el todo en la sociedad, garantizar la hegemonía de los oprimidos sociales, por ello las instituciones y las leyes sobran, ya que son sólo un estorbo para contener la energía de la voluntad general de la colectividad en su totalidad. Lo peor de todo, la lógica revolucionaria la mayoría de las veces trata de trasladarse al nuevo orden producto de la revolución, una *revolución permanente*. Sin instituciones para regular y mediar el poder político, sólo existe un poder uniforme al servicio de un solo punto de vista de la realidad.

La coartada preferida de la antipolítica revolucionaria reside en la justificación de la opresión de las grandes mayorías sociales. Tanto la Revolución Rusa como el proceso venezolano, al igual que otros procesos de cambio político, nacen del hecho fáctico de grandes mayorías excluidas de la toma de decisiones políticas del Estado y el creciente proceso de empobrecimiento por parte de un sistema económico dado. En el caso ruso, la insurrección popular contra la monarquía evidenciaba la pérdida de la legitimidad del Zar como representante del Estado; en el caso venezolano, la victoria de la opción política del actual Presidente reflejaba la erosión y desprestigio de la clase dirigente política que había gobernado el país desde 1958. En ambos casos las nuevas clases dirigentes reformaron las instituciones políticas a su parecer escudándose en que esa era la voluntad de las mayorías sociales a quienes representaban, no importando si existían minorías sociales a tomar en cuenta en el proceso de reforma de las instituciones y leyes de la sociedad. El imperativo moral que confería *la voluntad popular* o *la mayoría social* negaba el diálogo, el disenso en las reformas y mucho menos el punto de vista a dominar sobre la percepción de

la realidad. La regulación del poder está descartada, ya que supuestamente ha llegado el momento en que los oprimidos son los que lo están ejerciendo.

TODO PARA EL PUEBLO PERO SIN EL PUEBLO

Pero no hay nada más constante que los cambios de opinión. La realidad siempre muestra que las sociedades modernas rara vez responden a una identidad colectiva uniforme, sino que están conformadas por una gran cantidad de colectividades con identidad propia e individualidades con criterios autónomos. La existencia de una *voluntad general* roussoniana que sea indivisible, infalible y absoluta rara vez se refleja en una sociedad plural y cambiante, donde los grupos humanos debido a la misma dinámica humana están sujetos a los cambios de opinión y la independencia de criterios frente a sus élites. Los procesos que estimularon el rechazo y disolución del antiguo orden no necesariamente llevan por lógica a estar de acuerdo con el proyecto de sociedad que debe reemplazar a la antigua. Si añadimos que la lógica revolucionaria está amparada en la negación de la política, el disenso y la negociación, es obvio que lo que quiere la mayoría social y lo que indican los imperativos de la revolución tarde o temprano divergirán.

En este punto la ironía de la revolución se hace patente: las mayorías sociales no convergen con lo que supuestamente son los ideales que en verdad los benefician y los redimen como colectividad. La antipolítica, ya sea contenida en una Revolución Marxista, la reinstauración de una teocracia o un proceso de modernización estrictamente neoliberal y tecnocrático, prepara de antemano la disolución entre lo que desea la gente y lo que realmente se está haciendo por ellos. En este punto, si ya se ha despreciado el diálogo político como forma de sintetizar los puntos de vista para la construcción de un proyecto de sociedad, el veredicto electoral poco peso tiene en la toma de decisiones dentro del poder. La negación del otro no sólo es aplicable para quien es minoría, sino para la mayoría que sirvió de coartada. Los rusos no tenían conciencia de clase para 1917, los venezolanos siguen estando alienados para saber lo que les conviene en el año 2007.

En contraste, quienes encarnan una visión de la democracia como un absoluto basada en la interpretación infalible e inamovible de lo que quiere y requiere el pueblo, están preparando de antemano los caminos de la tiranía y la exclusión.

La lógica revolucionaria ya alcanzará a los oprimidos, por eso será necesario mayores dosis de antipolítica, menos disenso interno, menos visiones alternativas del *puede ser* y mayor confianza en la clase dirigente de la revolución. La alienación de los oprimidos es producto de las fuerzas reaccionarias que quieren volver al viejo orden de opresión, por ende no se le puede permitir al *pueblo* hacer algo que les perjudique, incluso si eso implica violar su propia voluntad. Lo que es deseable para ellos escapa de su propia voluntad *por ahora*, ya comprenderán con el tiempo y por lo tanto es legítimo y moral contradecir sus anhelos si los mismos son contrapuestos a la construcción de la utopía, llámese Socialista, Comunista, Fundamentalista, Nacionalista o Neoliberal. *El proletariado será revolucionario o no será.*

NO A LA DICTADURA PARA EL OTRO

En los sistemas democráticos, la negociación y el consenso, en resumen, la *política*, es el mecanismo por el cual el poder estatal es regulado y orientado al mayor número de fines comunes dentro de la sociedad. La democracia, incluso en los países de mayor arraigo del sistema, se va haciendo ajustándose progresivamente a las preferencias de la gente y no sólo a los intereses de la élite gobernante. Lo anterior sencillamente porque ella no es una utopía sino un ente maleable y modificable donde la incertidumbre tiene un gran papel en su desarrollo, ya que no se puede trabajar sobre certezas porque el mismo ser humano no puede aspirar a la perfección. Los partidos políticos dentro de este contexto pueden creer que sus principios son los que realmente deberían guiar la organización de la sociedad, pero han aceptado como principio superior la tolerancia a los pares con quienes divergen en ideas y la negociación con los mismos para alcanzar el mayor bienestar al mayor número de colectivos en sociedad, especialmente los más desfavorecidos. No existe un punto de vista correcto absoluto que dirija a la sociedad en todo momento.

En contraste, quienes encarnan una visión de la democracia como un absoluto basada en la interpretación infalible e inamovible de lo que quiere y requiere el pueblo, están preparando de antemano los caminos de la tiranía y la exclusión. La política en este ámbito se

simplifica a la producción y utilización del poder, y no a la creación de acuerdos entre los diversos para usarlo. Es inminente en este contexto que, en un momento dado, incluso las mismas mayorías que impulsaron a la clase dirigente a establecer estas reglas de juego se vean sometidas a la exclusión política, ya que cuando renunciaron a las instituciones destinadas para la negociación y el disenso, a su vez renunciaron a los canales con que las elites políticas se comunican con sus representados.

El célebre historiador Manuel Cabañero ha afirmado en diversas ocasiones que lo que llevó al poder a la actual dirigencia política fue que “buena parte del electorado votó porque quería una dictadura”. Personalmente creo que la frase sería completamente cierta si le añadimos *para el otro*, ya que las sociedades en sí no parece que tengan deseo de ser oprimidas. En cambio, cuando se cree que existe un solo punto de vista de lo correcto, que la negociación es síndrome de corrupción en un sistema político que a simple vista se sabe que está corrupto y que por lo tanto el reconocimiento del otro es accesorio, todos los controles sociales para regular el poder están susceptibles de ser removidos y la tiranía política comienza a ser una realidad tangible. El hecho de que la actual clase gobernante quiera desconocer incluso lo que la mayoría social ha expresado en urnas, refleja el desprecio hacia el otro que ha sido sembrado muchos años atrás del actual proceso político. Es necesario reconocer al diferente de uno si vamos a tener algo común que defender para todos.

* Sociólogo